



Martin Heidegger.

quedado "tocadas", como el boxeador que recibe un tremendo rechazo. Sería terrible que alguien al leer la poética sugerencia del hombre como "pastor del ser" viera cruzar la imagen de "Pedro" como ilustración.

El problema que la actitud de Heidegger ante la Historia plantea no se resuelve, sin embargo, con meras ocurrencias, es un problema de honda significación. Ha sido Heidegger, en efecto, exponente de una tradición universitaria peculiar y también de una comprensión de la "inteligencia". Tradición fundada en la gran Universidad alemana del pasado siglo, que proyectó un modelo arquetípico. Es la cultura del soberano profesor, individualista y personalista, el sabio más allá de todas las inquietudes inmediatas, el cultivador de la "ciencia pura", desentendida de sus aplicaciones y sus compromisos. Contemplador de realidades ocultas o lejanas para el hombre común. Gozador de su jardín. Es la mitología de la neutralidad científica, de la "Wertfreiheit", bajo la cual, sin embargo, como ha podido señalar la actual crítica de aquella Universidad, se ocultaba la verdadera dependencia del poder, un espacio de juego rotulado por los intereses dominantes.

El olimpismo que quiere mirar sólo lo originario o lo esencial, que desdeña lo inmediato, puede incurrir en ceguerras, cometer graves yerros cuando se mueve en la realidad inevitable del tiempo que le rodea. Heidegger con sus errores políticos es un testimonio para me-

ditar, no en función sañuda hacia responsabilidades personales, sino como expresión de un problema colectivo, la necesidad de que el intelectual y la Universidad hagan su autocritica para encontrar su lugar exacto. Estamos en una época en que no se confunden los hombres con los dioses, cual es la visión de Hölderlin, sino en un tiempo cargado de tareas profundamente humanas. Querer instalarse en la Edad de Oro puede traicionar el presente y la gran oportunidad que él nos da de trabajarlo, forjando siempre edades futuras.

A lo sumo —prosiguiendo la inspiración helénica— podríamos pensarnos en un mundo titánico, ya que no divino, y tomar —como Marx— a Prometeo como modelo. El tema del fuego, glosado por Heidegger en el episodio heraclíteo, adquiere ahora un nuevo valor cuando aparece en el robo de Prometeo como un don arrebatado para entregarlo a los hombres ateridos, inferiorizados. Cuando alumbrándoles con el fuego y la palabra les enseña su propia capacidad para construir con sus manos su vivienda, con las leyes de la exacta geometría que gobierna la arquitectura y el movimiento de los astros. Cuando los secretos caen y el hombre descubre sus potencias creadoras que les llevan hacia edades más plenas, situadas no en lo originario, sino en el futuro. En esta gran tarea colectiva, sumergido en las masas que trabajan nuestro barro debe el intelectual encontrar su lugar solidario y esperanzado. ■

CARLOS PARIS.

## MATAR A ANTONIO GALA

**E**L martes de la semana pasada hubo un estremecimiento de horror en las Redacciones de los periódicos: había circulado el rumor —¿quién lo puso en circulación? ¿Qué pequeño y miserable asesinato verbal se estaba cometiendo así?— de que habían matado a Antonio Gala. Cuando se comprobó que la noticia no era cierta, quedó flotando otra noticia invisible: la de la horrible facilidad con que se había aceptado la verosimilitud de la información. Como se había considerado inmediatamente que era posible. Esta aceptación estaba reflejando el retrato de un tiempo que todo el mundo teme ver convertirse en el tiempo de los asesinos.

No es ahora a la persona de Antonio Gala, ni a la atroz lógica que hubiera podido suponer su muerte airada —precedida por intentos de fractura de la puerta de su domicilio, o por letreros acusatorios, por cartas de amenaza: en entredicho su figura de escritor libre por un auto de procesamiento— a quien queremos referirnos. Podría no ser un escritor por el que tanto respeto humano sentimos —un escritor de los pocos que mantienen una posición concorde a su pensamiento y la llevan adelante con todos sus riesgos y con todas sus persecuciones y amenazas—, sino otro situado en sus antipodas mentales. Nos referimos al rumor y a su credibilidad: vivimos en un tiempo donde la noticia de que alguien ha sido asesinado puede asumirse.

En un número anterior de esta publicación, con el título "Machacar a Cela", nos hemos referido ya a la insólita actitud mental y moral de quienes quieren defender algo que se les va de las manos —una época de su vida, unos privilegios, unas evocaciones— atacando a quienes describen como es algo que se va, a quienes cuentan nuestro tiempo como es. Más atrás, en esta revista, se han condenado muertes que han sido desgraciadamente reales —un industrial secuestrado y asesinado, dos asesinatos en Montejurra— y se ha dicho que, a pesar de todo, esta no es una época especialmente violenta. Otros países y otros tiempos lo han sido o lo son más.

Pero la violencia verbal y la violencia real van traspasando cada día estas circunstancias. Se está creando un clima, aún avalado por personalidades que ostentan autoridad y rango en el país, contra quienes cuentan lo que está pasando, contra quienes tienen por oficio relatar y por arte pensar públicamente. Las personas que dejan atrás toda civilización se sienten en cierto modo respaldadas por decisiones con carácter oficial. Es una realidad que el mismo día en que se aprobaba en las Cortes el derecho de reunión y manifestación, se prohibían autoritariamente reuniones públicas —como la presentación de un libro de Mosén Dalmáu que difiere del pensamiento del difunto Monseñor Escrivá y del Opus Dei en "Camino"—: y en las mismas páginas de los diarios se contaba el rumor del asesinato de Antonio Gala.

No son hechos distintos, sino coincidentes. Todos los ciudadanos deben aprender a saber que el pensamiento es libre, y que los delitos de su publicación tienen que estar muy tipificados en un código y nada más. Sin ese aprendizaje cívico, sin esa lección de tolerancia y amplitud, el clima de la violencia verbal se extenderá. Y no sabremos nunca cuándo se puede dar el paso siguiente. ■

